

MIGUEL LOREDO.



(17 de Enero de 1879.)

Ejerce el dolor atraccion misteriosa en nuestras almas y no parece sino que gozamos en ahondar nuestras penas, en volver sobre ellas una y otra vez, en apurar toda su amargura. Así se explica el placer tristísimo que experimentamos al discurrir sobre tan dolorosa pérdida, y al llorar al que fué nuestro amigo muy querido.

No hemos de hacer su biografía. Los que le tratamos de cerca, los que pudimos apreciar y conocer el vigor de su inteligencia y la grandeza de su corazon, sabemos muy bien que su vida fué débil muestra de lo que esa inteligencia y ese corazon prometian, de lo que podia hacer quien debió á Dios los dones preciosos con que se complace en enriquecer á sus almas más privilegiadas.

A pesar de esto, supo Loredo imprimir á todo lo que hizo el sello de una superioridad incontestable. Son los periodistas de nuestros tiempos (dicho sea en general y sin ofensa de nadie) naturales herederos de los *sofistas* y *demagogos*, que tan admirablemente describe Platon en sus inmortales diálogos. Huyen, como estos, de todo orden y método, como trabas insoportables, que les impedirian divagar, que les obligarian á ceñirse á la cuestion, á plantear y resolver estas derechamente, sin cambiarlas, falsearlas ni tergiversarlas, y encuentran cómplices de sus planes en sus lectores habituales, que no quieren que se les instruya y convenza, sino que se les entretenga y se lisonjee sus gustos. Pues bien: Loredo llevó á la polémica periodística todo el vigor de su poderosa inteligencia, conocimientos solidísimos, de los que no pueden aprenderse á la ligera, sino durante años de

profundo y no interrumpido estudio, de los que son apropiado y seguro cimiento para todos los demas, y ese severo espíritu de método y de lógica, que se adquiere, como en ninguna parte, en las aulas de teología.

Ni llevó este espíritu tan allá que fuera á dar en la aridez y alambicamiento de los silogismos escolásticos, escollo en que á veces se tropieza por huir del otro extremo. Lógica indestructible, buen gusto, belleza y amenidad en la forma: tales son las condiciones, que como escritor distinguían á nuestro malogrado amigo. ¿Extrañáremos con todo esto que brilláran en sus polémicas, como no suelen brillar en general, como no sea por su ausencia, en las polémicas periodísticas, aquella seguridad de criterio, aquella fuerza de raciocinio, aquella precision y claridad en la manera de plantear y discutir las cuestiones, aquella poderosa crítica aplicada al exámen de los argumentos de sus adversarios, que debían hacer la desesperacion de estos, y le proporcionaban á él triunfos, que no hay para qué callar cuando el triunfador ha muerto? Y hemos de advertir, aunque sea innecesario, que en todo esto nos referirnos á *las cualidades del escritor*, sin que nos pase por las mientes emitir juicio alguno sobre las tésis que sostuviera. ¡Cualidades ciertamente dignas de elogio en todo escritor, pero mucho más raras y admirables en quien no escribía y meditaba un libro en el silencio de su gabinete, sino que escribía, sin tiempo, puede decirse, para meditar, artículos de periódico en una mesa de redaccion! Véase con cuánta verdad hemos dicho que Loredó dió en lo que hizo ligera aunque hermosa muestra de lo que era capaz de hacer.

Y sin embargo, no era como escritor como más podia brillar. Era orador por naturaleza, y así como los aficionados al teatro conocen ó adivinan á un gran actor en cuanto pisa las tablas, así se adivinaba en Loredó un gran orador en cuanto se levantaba á hablar, y paseaba por el auditorio su hermosa y penetrante mirada, y pronunciaba las primeras palabras. Su voz, su entonacion, sus modales, su figura misma, su mirada, su talento, su corazon ardiente y su imaginacion riquísima, todo concurría á hacer de él un orador simpático y elocuente, no titubeamos en decirlo, un orador de primer orden. Tenia todas las cualidades de tal y ningun defecto. Nosotros por lo ménos no se lo conocimos. ¡Cómo nos halagó á nosotros, sus amigos particulares, el anuncio de su candidatura para diputado á Córtes! ¡Cuán-

to pesar sentimos al saber, sin sorpresa alguna, que su candidatura no era aceptada!

Recordamos su primer triunfo, grande como pocos, en las *Juntas de Guernica* de 1864. Asistimos á ellas en compañía de un profesor de Loredó, el Sr. Lopez Sanchez, distinguido catedrático de la Universidad Central. *Nada me sorprende en mi discípulo predilecto*, nos dijo el Sr. Lopez Sanchez, al hablar del triunfo oratorio que Loredó acababa de obtener. Y es que nuestro querido y malogrado amigo sabia captarse la admiracion de cuantos le trataban, y todos hacian justicia a su gran talento, como si dijéramos, desde el primer dia. Así lo hicieron sus profesores, así lo hicieron Lersundi y los demás egregios patrios bascongados, con quienes su amor al país le puso en relaciones, así lo hicieron últimamente personajes distinguidos de la restauracion y hasta el mismo Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

No podian faltar en Loredó dos cualidades esenciales en todo aquel que se eleve sobre el vulgo, y aún en quien aspire á dejar un nombre respetable: la moderacion y la consecuencia en sus doctrinas. La moderacion, virtud elogiada hasta de los filósofos paganos, y elogiada por estos sobre todas las demás, que aplicada á nuestras pasiones se llama temperancia, aplicada á nuestros juicios y criterio prudencia, aplicada á nuestra imaginacion y á las artes que de ella se derivan buen gusto, y delicadeza aplicada á las relaciones sociales, la moderacion, virtud de los hombres superiores, como la exageracion é intemperancia son defectos de las muchedumbres, no abandonó á nuestro amigo en su agitada carrera. Bastarian para probarlo los muchos sinsabores que esa cualidad le valió y basta tambien para ello la lectura de sus artículos sobre *Política Bascongada* y de sus cartas de *Un Vizcaino* publicadas en *La Epoca* Antes y despues de la guerra, y singularmente de las primeras. ¡Y esto en un periodista y tribuno y en un período agitado como pocos!

Al hablar de sus doctrinas no hablamos de sus actos políticos. Temeríamos en primer lugar entrar en consideraciones de esta clase, que no están permitidas en esta Revista, y que no haríamos aunque se nos permitiese. Hablaríamos además de lo que no entendemos; ¿qué se nos alcanza á nosotros de esto que llaman política práctica ó militante, si ni sabemos en qué consiste la consecuencia política, si en ocupar inmóviles el mismo sitio cuando todo cambia á nuestro alre-

dedor, ó en caminar siempre y al través de esos cambios en busca de un mismo ideal, de una misma doctrina? Hablamos, pues, de la consecuencia doctrinal de Loredó. Arraigadas creencias religiosas, amor entrañable á nuestros Fueros, convicción profunda de que estos se basan en aquellas y son uno de esos admirables conjuntos de instituciones públicas y privadas que el espíritu de la Iglesia hizo nacer libre y espontáneamente en el seno de los pueblos cristianos. Tales fueron desde el principio hasta el fin de su vida y sin desfallecimientos de ningún género las ideas de Loredó. Cuando hecha la paz salieron de entre las filas victoriosas dos voces elocuentes en defensa de nuestro país, esas voces que fueron la de D. Alejandro Pidal en el parlamento y la de D. Juan Mañé y Flaquer en la prensa, ambos hoy Padres de Provincia, expresaron las mismas ideas.

Abandonemos ya los recuerdos de la tierra para fijar los ojos en el Cielo donde encuentran alivio nuestros grandes dolores y justificación nuestras grandes esperanzas, y pidamos *al Rey para quien todas las cosas viven*, como nos recuerda la Iglesia cuando ruega por los muertos, por el eterno descanso del alma de Miguel Loredó.

R. I. P.

JOSÉ MARÍA DE LIZANA.

